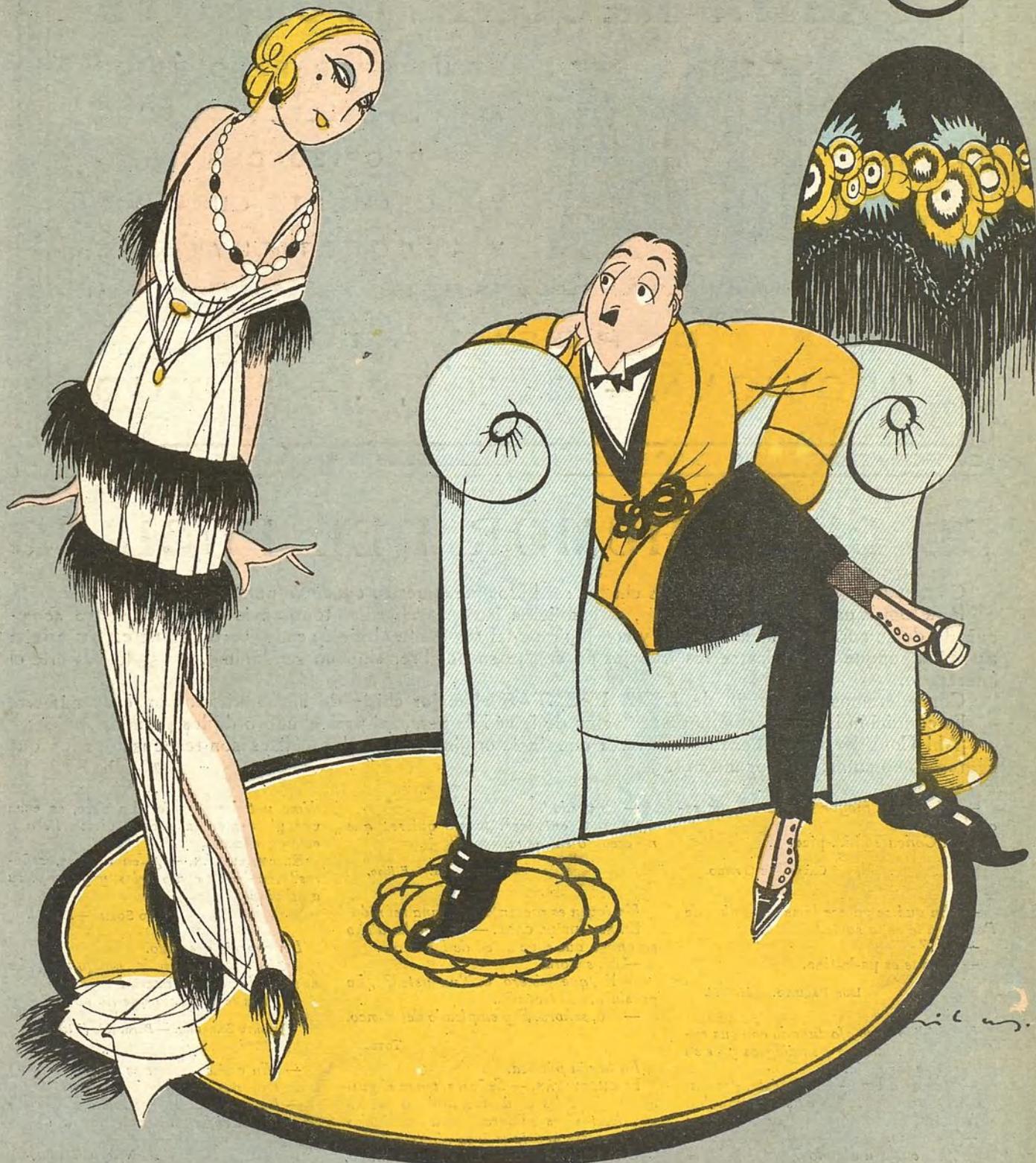


BUEN HUMOR

40^{ts.}



- El vestido es bonito, pero no me convence mucho la piel.
— Si quieres me la quito.
— No, déjala; ya te la quitarán luego tus amigas.

Dib. RIBAS. — Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Para tomar parte en este concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ahí Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el mayor Concurso que se celebra?

— El Concurso hí...-pico.

CALEFA DE OVIEDO.

— ¿En qué se parece la servidumbre de Palacio a la ropa sucia?

— ¿...?

— En que es pa-la-tina.

DON PAQUITO. — Madrid.

Un médico poco afortunado con sus enfermos, se burlaba de los milagros y de su mujer, que los creía.

— Vamos a ver — le dijo ésta, deseando convencerle —. ¿No asistes a muchos enfermos?

— Es cierto.

— ¿No curas a algunos?

— Es verdad.

— Pues, entonces, ¿cómo quieres que no crea yo en los milagros?

LUIS COBOS. — Bilbao.

Un joven es presentado en una reunión.
EL AMA DE LA CASA. — Ya me ha dicho su amigo que vive usted de las letras.

— Sí, señora.

— Y ¿qué género cultiva usted? ¿La poesía?... ¿El teatro?...

— No, señora. Soy empleado del Banco.

TOTO.

En la vía pública.

EL CHARLATÁN. — Señores, tengo el gusto de ofrecerles el último invento del siglo XX: «Las píldoras para adivinar.» ¡Sólo cuesta la caja treinta céntimos!

UNO DEL PÚBLICO. — Oiga, buen amigo,

déme usted una caja. (La abre, se echa una píldora en la boca y dice:) ¡Pero si esto es mental...

EL CHARLATÁN. — ¿Ven ustedes, señores? ¡Acaba de comprarlas, y ya empieza a adivinar!

PEDRO SORIA. — Madrid.

Un consejo acertado.

— ¡Estoy desesperado, amigo mío! ¡La miseria llama a mi puerta!

— Pues te aconsejo que no abras.

JACINTO SARACHO. — Baracaldo (Vizcaya).

— ¿En qué se parece la cal en terrones a un enfermo con fiebre?

— En que la cal en terrones es cal entera, y lo del enfermo es cal-entura.

VISOSO (CADECA).

El premio del número anterior ha correspondido a **Conde Casas, de Madrid.**

Ayuntamiento de Madrid



Dib. PEPE. — Ávila.

— ¿Sabes si ha salido ya la misa?
 — Por esta puerta, no, señora; como no haya salido por la otra...



Dib. RUBIO. — Madrid.

— Tengo el honor de pedir a usted la mano de su encantadora hija.
 — ¿Cuál?... ¿La derecha, o la izquierda?...

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

18. — De la farmacopea.

Está perfectamente comprobado
 que **1** engaña a su señora, y
 además blasfema.

NACI A MIENTO

19. — De Orfeo y de Terpsícore.

**TERMÓPILAS
 TERMÓPILAS**

20. — Letrero.

— ¿De modo que te empeñas en saber
 cómo *prima-dos-tercia* ese sueño fan-
 tasmagórico?

— *Segunda* lo has dicho.

— Pues *tercia prima-dos-tercia* el
prima-prima durmiendo bajo el *prima-
 terci*a, después de rascarse.

21. — Lo que no tienen los ojos
 del Guadiana.

2 2 — R
2

22. — De Beethoven.

LA FINCA DE RECREO

FA u

FE o

FI e

FU i

CUPÓN

correspondiente al número 65
 de

BUEN HUMOR

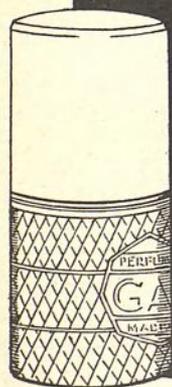
que deberá acompañar a todo
 trabajo que se nos remita para
 el Concurso permanente de
 chistes o como colaboración
 espontánea.

CUPÓN NÚM. 4

que deberá acompañar a toda
 solución que se nos remita con
 destino a nuestro CONCUR-
 SO DE PASATIEMPOS del
 mes de febrero.

Para las condiciones de este Con-
 curso, véase nuestro número 62.

Ayuntamiento de Madeid

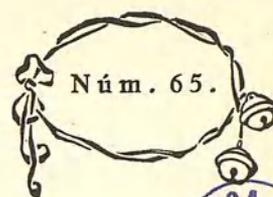
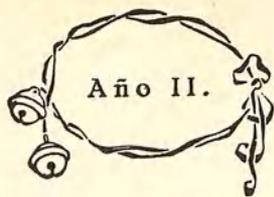


JABÓN GAL PARA LA BARBA

Forma en el acto abundantísima espuma
que no se seca en la cara.

Barra 1.50

en todos los comercios de España



PARA VIAJAR EN FERROCARRI CONSEJOS A LOS VIAJEROS



SIENDO cada día más frecuentes los accidentes en los trenes, ya por choques, descarrilamientos, asesinatos, robos y otros mil riesgos que sería demasiado largo enumerar, creo ser útil al que viaje dándole algunos consejos que la práctica y una continuada observación me han hecho creerlos indispensables.

Antes de subir al tren.— Desde luego, lo que debe hacer todo viajero, después del baúl, es testamento, y como medida preventiva, dejar una copia a la familia o persona de confianza, previniendo el caso tan frecuente de que el vagón que uno ocupe, en un choque, se haga migas. El que tenga creencias, no está de más que se ponga a bien con Dios, confiando sus mayores pecados a cualquier sacerdote de los que haya en el mismo andén, mientras llega la hora de la salida, que, por lo regular, siempre se hace esperar.

Elección de vagón.— Una cosa que tiene gran importancia en los viajes es la elección de compartimiento. De ninguna manera debéis subirlos en el vagón de cola. En el de cola tenéis el riesgo de ser alcanzados por un convoy que venga detrás. Tampoco debéis viajar en el de cabeza. En éste el peligro está en un choque de frente. Lo mejor es escoger un coche de los de en medio; así sólo tendréis el riesgo de ser cogidos entre el tren ascendente y el descendente.

Los trenes llamados vulgarmente *carretas* son preferibles a los demás, porque, aparte de la ventaja inmensa de ver el paisaje con más detalle, en caso de choque, el golpe es menos violento.

De la posición y protección en ruta.— Para el caso probable de un accidente, tiene suma importancia la posición que se debe adoptar en ruta. Las estadísticas demuestran

que en los choques de trenes el mayor número de heridos lo son en las piernas y en la cabeza. Esto es debido a causas puramente mecánicas que es preciso contrarrestar.

Ordinariamente, el descuaje brusco del suelo del vagón y la destrucción de los asientos producen fracturas y magullamientos en las piernas. Es preciso, por tanto, viajar con las piernas en alto. Aconsejamos como el sistema más práctico sujetárselas con los brazos por debajo de las corvas. La posición desde luego no es cómoda; pero en caso de accidente, es de un positivo resultado. Cuando la distancia de una a otra estación es demasiado larga, aconsejamos sustituir los brazos con cuerdas.

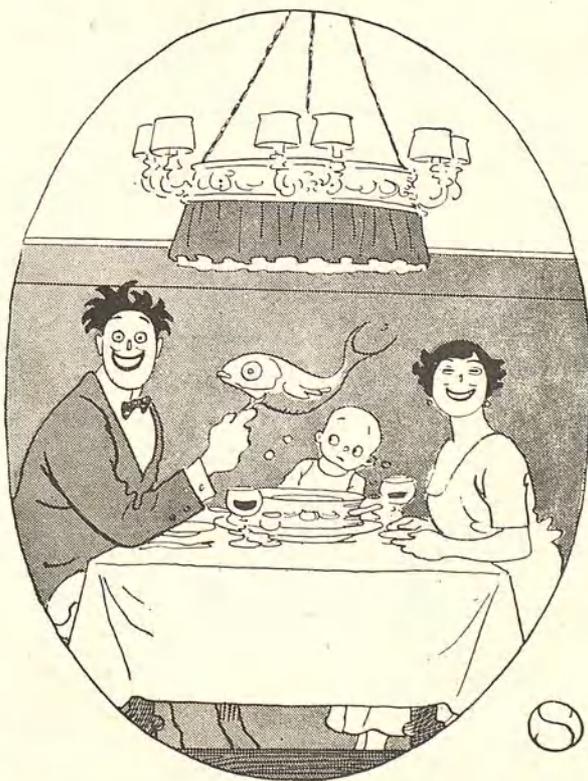
En cuanto a las lesiones craneanas, provienen regularmente del choque violento de las cabezas de unos viajeros con las de otros. Para aminorar en lo posible la gravedad de las consecuencias de estos choques, es muy recomendable el uso de chichoneras de gran resistencia hechas para el caso. Desde luego, los duros de cabeza llevan siempre la mejor parte en estos accidentes, para lo cual, antes de subir a un vagón se debe observar si hay algún testarudo entre los viajeros, y no subir de ningún modo si se advierte la presencia de aragoneses.

La protección del resto del cuerpo puede conseguirse usando trajes guateados con gutapercha, o, mejor, *capitonnés*.

Como estos trajes son de un abrigo algo excesivo en verano, ya se va generalizando el aditamento de pequeñas cámaras frigoríficas entre el pelote y el cuerpo, lo que produce un fresco delicioso. Algunas personas de gustos refinados, y para las cuales el *confort* es un apostolado, ponen junto a las cámaras refrescantes recipientes llenos de horchata o limón, y por medio de gomas rematadas en su correspondiente espita, se lo hacen llegar a la boca, con lo cual refrescan en ruta deliciosamente.

Reservado de señoras.— Está muy mal visto que las mujeres que merecen el calificativo de tales viajen en estos reservados. En cambio, a aquellos caballeros que les moleste el humo, les aconsejamos que no suban cándidamente en estos departamentos, pues las que viajan en ellos fuman todas.

Hundimientos de puentes.— Este riesgo puede prevenirse desde luego viajando con una pequeña escafandra que permita al viajero permanecer bajo el agua de treinta a cuarenta minutos sin peligro para su vida; pero está más recomendado el uso del timbre de



Dib. SILENO. — Madrid.



Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¡Pero, hombre!... Te doy un duro para que te cobres, y en vez de hacerlo, te pones a reír como un imbécil...

— Calle usted, señor; si es que este duro tiene la gracia de Dios...

alarma a la entrada de cada puente, comprobando personalmente el estado de seguridad de la obra de ingeniería, golpeando con un martillo de los de metalúrgico en las principales uniones de las piezas del puente.

Al volver al vagón, se hace funcionar nuevamente el timbre de alarma, y así se advierte que puede seguir el convoy.

Este uso del timbre tiene la ventaja de servir además de prueba para saber si el timbre funciona. Ya se sabe que son cincuenta pesetas de multa; pero será un dinero bien empleado.

Robos y asesinatos. — Nuestra indumentaria para viaje debe ser modesta, y de ningún modo se deben llevar alhajas ni relojes de valor. Es preferible, si algún viajero nos pregunta la hora que

es, responder que el reloj lo tenemos empeñado, añadiendo que está a punto de vencer y que no sabemos si lo podrá renovar.

Se debe de hablar poco con los compañeros de viaje; pero tampoco se debe uno mostrar orgulloso. Si se habla algo, conviene lamentarse de la miseria, de los tiempos, del precio excesivo de los viajes, y hacer comprender discretamente que los gastos de la marcha os han dejado sin un céntimo. No está demás tampoco, ante la cantina de la estación, bostezar varias veces mirando con ojos ansiosos el cartel de «Se hacen comidas de encargo», y, finalmente, con un tono lastimero, pedir quince céntimos para un panecillo.

No leáis periódicos ilustrados, como *Blanco y Negro* o *BUEN HUMOR*, que

son periódicos caros. Debéis leer *El Socialista*, y aun en este periódico la sección financiera pasarla por alto, haciéndolo notar, y con desprecio. Las bonitas canciones *Asesino*, *asesino* y *Ladrón*, debéis procurar no cantarlas ni entre dientes: no se sabe con quién puede uno viajar, y no conviene herir susceptibilidades.

El revólver se debe llevar amartillado para disparar al menor movimiento sospechoso de cualquier viajero. Siempre es lamentable alojar una bala en el tercer espacio intercostal de una persona decente y honrada, que se lleva la mano al bolsillo, tal vez para ofreceros un pitillo; pero es preferible sufrir una condena por imprudencia temeraria a que le abran a uno el vientre de un tajo y se lo dejen abierto toda la noche.

No se debe dormir; pero si el cansancio os rindiera hasta el punto de no poder evitarlo, tratad de no roncar. He comprobado que las personas más inofensivas, oyendo roncar, se convierten en verdaderas hienas.

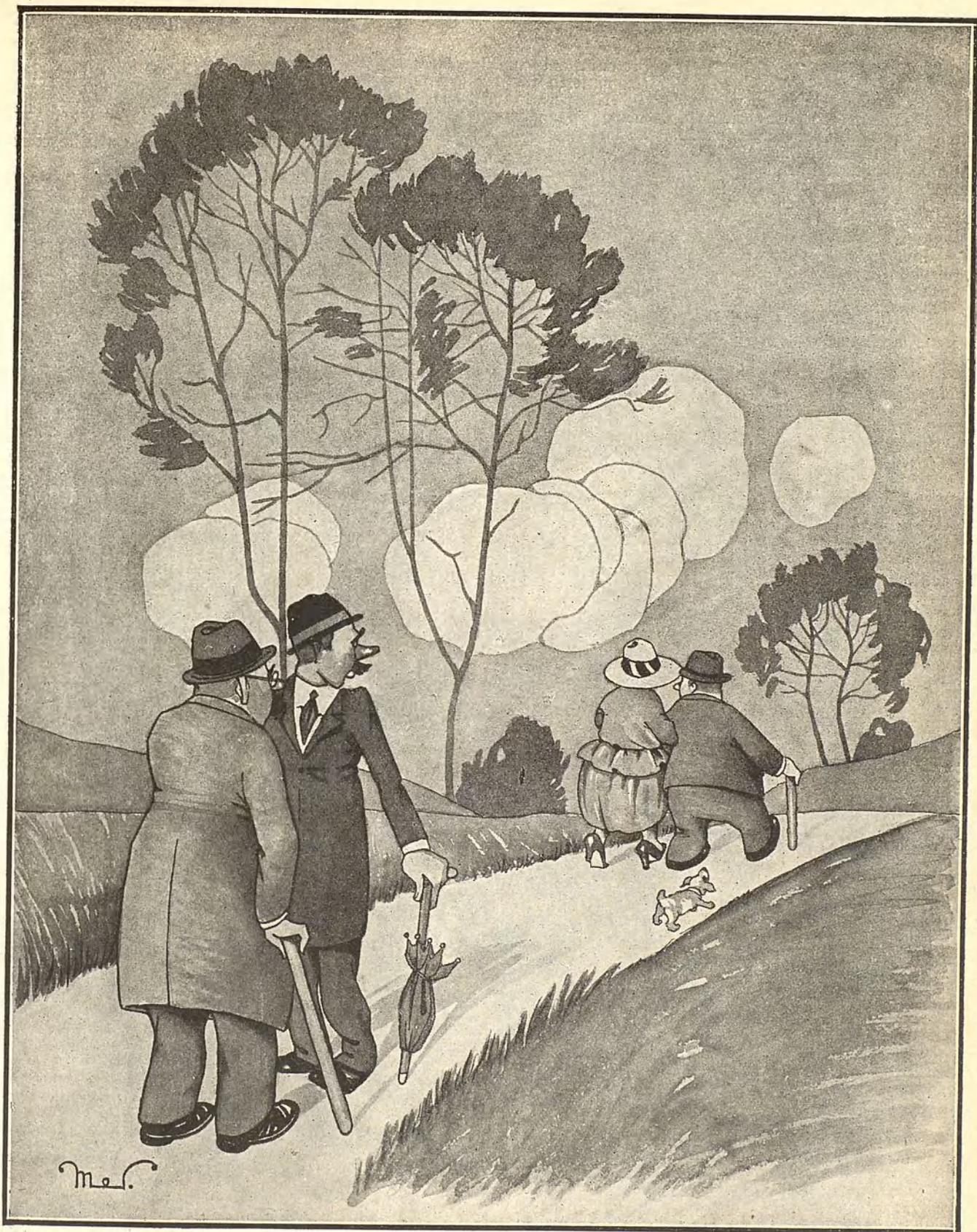
Consejos sueltos. — No debéis sacar la cabeza por la ventanilla. Primero, porque las portezuelas están generalmente preparadas de antemano, antes de salir de la estación de partida, para que sólo con apoyarse se abran con la mayor facilidad; y segundo, por el peligro de los puentes y túneles donde podéis daros al ir distraídos mirando las bellezas del panorama. Para demostraros la frecuencia con que se dan esta última clase de accidentes, sólo podré deciros que un puente que existe en la línea del Norte estaba tenido por una obra maestra de ingeniería, siendo todo lo contrario, porque el vulgo decía que era un puente que quitaba la cabeza; y sabemos por personas que merecen todo nuestro crédito, que no hay nada tan triste para una cabeza como encontrarse separada del tronco y sin más equipaje que su gorra de viaje.

Los riesgos de los carbones en los ojos son de menos importancia; pero, en cambio, son frequentísimos. Para dar idea de las veces que esto ocurre en el tren, se cita el caso de un viajante de comercio que con los carbones que se sacaba de los ojos en el verano resolvía el problema de la calefacción en el invierno.

No olvidando estos sanos consejos, las personas viajarán en las mejores condiciones de seguridad; ahora, siempre que los asuntos puedan resolverse por carta, telégrafo, teléfono o conferencia, es preferible.

Las estadísticas de catástrofes ferroviarias demuestran que el menor contingente de víctimas le dan las monjas en clausura, los frailes cartujos, y, en general, aquellas personas que nunca salieron del lugar en donde vieron la luz primera.

ANTONIO PLAÑIOL



— ¡Hombre!... ¿Están en el pueblo Pérez y su esposa? He oído decir que han venido a menos...

— No. Han venido a pasar unos días...

Dib. MEL. — Madrid.

Ayuntamiento de Madeid

CAZA MENOR

— Muy buenas... Un amigo mío, que también es de la Hermandad, me ha dicho que aquí podría proveerme de todo.

— ¿De la Hermandad?... No entiendo. ¿De qué Hermandad habla?

— ¡De la noble Hermandad de Cazadores!

— ¡Ah!...

— Mire: yo quiero procurarme todo lo necesario para salir de caza un día de éstos.

— Pues usted dirá; precisamente ha entrado usted en la armería mejor surtida de Madrid.

— Ante todo necesito un perro in'eligente.

— Siento mucho no poderle servir; pero la venta de perros no es cosa nuestra.

— ¿Pues no dice en la puerta «Artículos para caza»?

— Sí, señor; pero fíjese que *perro* no es artículo, sino sustantivo. Para eso vaya usted a la plaza de Santa Ana, o a esos hombres que en la Puerta del Sol y calle de Alcalá venden crías...

— ¿Se refiere usted a esos perritos chiquitines que venden por las calles? ¡Hombre, eso es muy pequeño!

— Con el tiempo se harán grandes. ¡Quién sabe si uno de esos animalitos, hoy mancos y débiles, será mañana un *setter* invencible o un perdiguero capaz de cazar sin escopeta!

— Quizás... Pero yo no puedo esperar tanto. El domingo que viene sin falta quiero marcharme al monte... Traigame un bozal.

— ¿Para el perro?

— ¡Naturalmente! Para el perro que, ya comprado, ya prestado por un amigo, me acompañará en la excursión.

— ¿Le gusta éste?

— ¡Pschl... Como yo no soy quien lo ha de llevar...

— ¿Qué más desea?

— Un morral.

— Vea usted: aquí tiene un buen surtido. Escoja. ¿No le convendría éste?

— ¡Eso es muy chico! Total, ¿qué cabe ahí? Una docena de perdices, una liebre, un par de conejos... No; yo quiero un morral de confianza, grande, amplio, que no se llene a las primeras de cambio.

— Llévase este otro... Es igual al que usaba monsieur Gerard.

— Y ¿qué cazaba ese *mesié*?

— Leones; y si se ponía a

tiro un elefante o un hipopótamo..., ¡pum! ¿No ha leído usted su historia?

— No; pero lo haré, aunque no sea más que por saber cómo se las arregla para meter un elefante en el morral.



OBRAS TEATRALES

Dib. BELLÓN. — Madrid.

«La tragedia de la Viña.»



EN EL BANCO

Dib. CYRANO. — Madrid.

EL EMPLEADO. — ¿Quién es el imponente?
EL DE FUERA. — Yo.

Ayuntamiento de Madrid

— ¿Otra cosita?

— La indispensable botella para la bebida.

— Es usted previsora. ¿La quiere también grande?

— Sí; pero no tanto como el morral.

— Desde luego. Con ésta de un cuarto de litro tiene suficiente.

— Bueno; ahora, municiones.

— ¿De qué calibre?

— Del que usted quiera. Me da lo mismo un calibre que otro.

— ¿De cuál ha gastado usted hasta ahora?

— Gavelot, de seis milímetros.

— Pero eso son cápsulas para escopeta de salón...

— No, señor; de jardín.

— ¿Eh?

— Todos los domingos, después de comer, salgo al jardín de mi hotelito de la Guindalera, y ¡pum, pam!, ¡pom, pum!... ¡Allí verá usted puntería!

— Tira usted al blanco, ¿eh?

— Al soplillo, dirá usted. Yo preparo la escopeta, mi señora lanza el soplillo al aire, y entonces yo, ¡fuego graneadol!

— Vamos, una imitación de Tartarín.

— ¿Quién es ése?

— Un famoso cazador de gorras que había en Tarascón. Hacía lo que usted: se iba a las afueras, tiraba la gorra al aire, y ¡zas!... No había día que no cazase, por lo menos, media docena de gorras.

— Como que es la gran manera de ejercitarse.

— Bueno; pondremos, entonces, doscientas cápsulas de calibre ordinario. ¿Alguna cosa más?

— Pólvora y perdigones.

— ¿Para qué?

— ¡Para tirar, hombre!

— Pero si eso ya va dentro de las cápsulas...

— Es verdad. No extrañe usted mi distracción. La poca costumbre... Ahora creo que ya no me falta más que la licencia. ¿Me da usted una?

— Las licencias no se venden. Para eso tiene que ir al Gobierno civil. Y ¿cómo se las ha arreglado usted para cazar hasta el presente sin licencia?

— ¡Si no he cazado nunca!

— ¿Qué? ¿Es esta la primera vez que sale de caza?

— Sí, señor. La primera.

— ¡Vaya, vaya!... Mire, siendo así, y aun cuando sea contra mis intereses, voy a darle un consejo. La intención de



— Debe de ser muy difícil hacer un cuadro, ¿verdad?...
 — ¡Cal... No, señora. ¡Es más difícil deshacerse de él!

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

usted será volver por la noche a su casa con unos cuantos conejos...

— ¡Y si puede ser, alguna liebre bien gordal!

— Pues... no pierda el tiempo inútilmente. ¿Quiere hacerme caso?

— Diga usted. De su experiencia me fio.

— Mire...: ¿ve usted aquella tienda pintada de verde, allá abajo, en la acera de enfrente?

— Sí, señor.

— Se va usted allí sin escopeta, ni perro, ni municiones, y a tres o cuatro pesetas cada una, le venderán cuantas perdices quiera...

— Pero...

— Y tenga usted la completa seguridad, caballero, de que, a pesar de pagarlas a ese precio, le saldrán muchísimo más baratas que las que, rodando por esos montes, pudiera usted cazar.

.....
 Salvo algunas toninadas del diálogo, rigurosamente histórico.

VICENTE VEGA

BAGATELAS

La sobriedad de la raza

España tiene fama en el mundo de ser uno de los países donde menos se come, o donde se come peor. Y no se la han dado ciertamente ni sus fondas ni sus hoteles, sino las estadísticas. Vista la carne, por ejemplo, que esta hidalga nación consume, y repartida entre sus veinte y pico millones de habitantes, resulta que tocamos a unos cuantos gramos al año. Una miseria, de la que se burlan los franceses, los ingleses, los alemanes...

España es un país donde no se come. Evoquemos esos pueblos incultos, tristes, con chicos famélicos y madres tísicas... Pensemos que en España sigue sin resolver el problema de la mendicidad. Recordemos el abolengo tan castizo del hambre en España, reflejada pintorescamente en la novela picaresca, en los sainetes del siglo XIX, en las caricaturas del *Madrid Cómico*, con su cesante y su maestro de escuela... Bien. Pues a pesar de las estadísticas aludidas, exis-

ten otras para demostrar lo contrario. En el extranjero tenemos fama de que aquí es donde comen a dos carrillos muchos caballeros que alcanzan honores y asaltan poltronas. Aquí padecen obesidad por exceso de alimentación muchos concejales, muchos ministros, muchos alcaldes, muchos jefes de Intendencia, muchos abastecedores, muchos directores de esto y administradores de lo otro...

Aquí, como todos sabemos, a los cambios de Gabinete político se les da el sabroso nombre de turrón. Aquí, cuando se logra un destino remunerador, se expresa con el chulesco eufemismo de *mamar del presupuesto*, de *chupar del bote*. Aquí, en la depauperada y hambrienta España, donde la raza tiene fama de sobriedad, se vienen sucediendo los banquetes, cada día más desacreditados y cada vez más concurridos.

En esta hambrienta España, que no come carne nunca, los restaurantes están llenos de señores que se reúnen para hablar mal de otro mientras devoran la sospechosa lubina o el misterioso bisté. Bien sabemos todos, porque todos he-

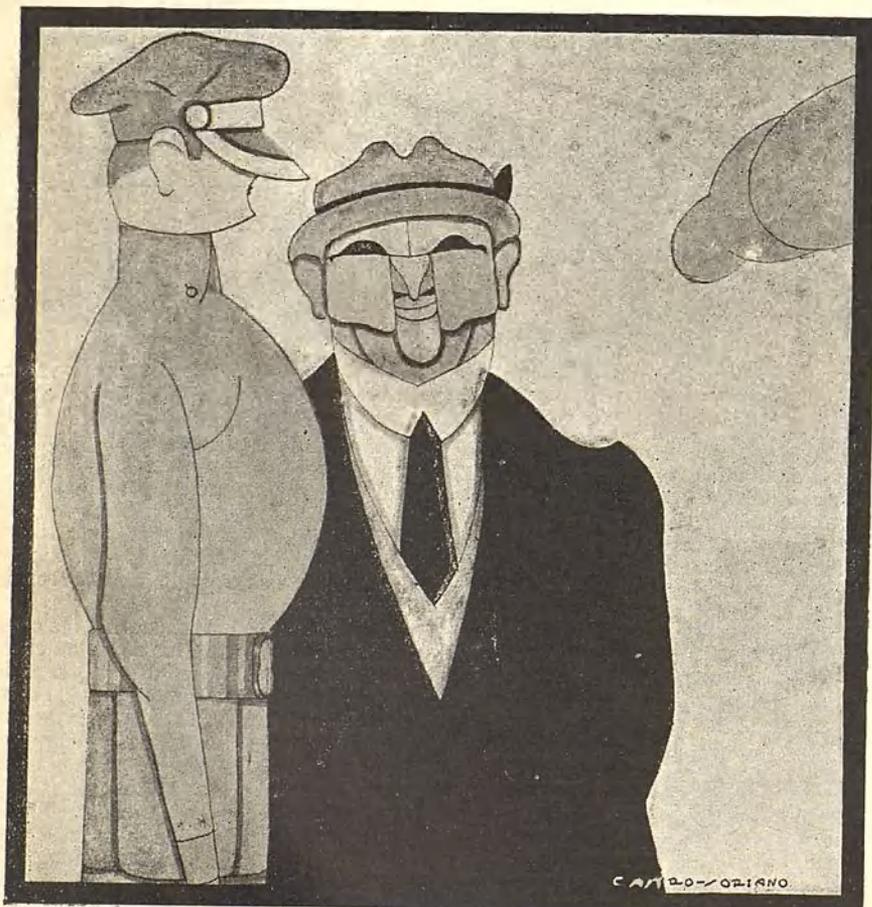
mos sido copiosamente banqueteados, que los españoles ejercitamos el que podríamos llamar deporte del homenaje.

Aquí ser elegido para cualquier empleo que, más o menos indirectamente, proporcione diversos medios de engullir de una manera pantagruélica, es dar pretexto para comer públicamente en unión de unos centenares de personas dotadas siempre de buen apetito. Aquí se le da un banquete a un hombre porque triunfa. Y cuando no triunfa, se le da otra comida de desagravio. El banquete es una epidemia que se oculta bajo el piadoso título de agasajo. Aquí existe el profesional de los banquetes, esto es, el que tiene por hábito dedicarse a comer a costa de los que organiza cada semana, y aquel otro que ha adquirido la costumbre de asistir a todos, incluso abonando su cubierto. Banquetear es manía muy española, y ser banqueteados condición tan indispensable como la vacuna. Tal vez porque los españoles no comemos, éste es un país que se pasa la vida comiendo a cuatro duros cubierto.

Pero ¿y la sobriedad española, la famosa y cacareada sobriedad? Ella ha

sido siempre un argumento capital en pro del escaso consumo que hacemos de sustancias ricas en elementos químicamente nutritivos. ¿Es cierto?... Condensemos nuestra ignorancia y perplejidad en unos puntos suspensivos. Verdad es que vemos a rústicos recios, grandullones, sostenerse al día con un cacho de pan y un racimo de uvas o un tomate. Innegable es que el soldado español aguanta el hambre y la sed, y suscita la admiración del extranjero sibirita y glotón, que no sabe ni puede atacar a la bayoneta mientras no se coma una lata de salmón y medio kilo de buen pan. Cierto es que el español ríe aunque no coma, y que su moruno estoicismo le permite hacer chistes acerca del hambre, de la muerte y de la horca, lo cual le da una estatura moral de gigante. Mas el Sr. Cánovas del Castillo estaba, sospechamos, en el secreto. Y una vez lanzó esta frase, que nadie ha desmentido todavía: «El español es naturalmente sobrio; pero convídele usted a comer en su casa...»

E. RAMÍREZ ÁNGEL



Dib. CASTRO-SORIANO. — Madrid.

- Al probar el aparato, se mató el pobre Gutiérrez.
- Indudablemente, era el mejor para caídas, según decía él.

LA POLÍTICA PINTORESCA

"Esto me huele mal..."

Era en los buenos tiempos del periodismo español, cuando los informadores políticos tenían decisiva influencia y los articulistas *de fondo* podían derribar a un Gobierno con media columna de sesuda prosa. Turnaban en el disfrute del Poder D. Antonio Cánovas y D. Práxedes Mateo Sagasta. Triunfaban en el Congreso la oratoria opulenta de Salmerón, el lirismo de Castelar, la noble sencillez de Pi y la picardía maliciosa de Nocedal y de Romero Robledo. Comenzaban a destacarse entre los diputadillos nuevos el ímpetu fogoso de «Pepe» Canalejas y la audacia juvenil de Alvaro Figueroa. La vida política era tranquila y plácida como un lago. Y bajo las aguas en calma comenzaba a rugir la tormenta que destruyó el poderío de España.

Gobernaba Cánovas, y Sagasta, en la oposición, iba pensando en la necesidad de provocar una crisis para satisfacer las ansias de sus amigos, desesperados ya y ganosos del Poder. Cánovas se resistía a ceder el paso a sus cordiales adversarios, y éstos, en su afán de gobernar, plantearon en el Congreso un debate cuyo final había de ser una votación, de la que dependía la vida del Gabinete.

Personalmente, D. Práxedes no tenía ningún interés en derribar a D. Antonio. Le hubiese dejado gobernar tranquilo. Pero el partido liberal acuciaba a su jefe, excitándole a dar la batalla.

La tarde de la votación, Cánovas, nervioso e intranquilo, aguardaba la llegada de Sagasta. Suponía que, si éste daba a los suyos la orden de que se abstuvieran de votar, el problema político se resolvería de modo fácil, porque aunque las demás oposiciones votaran en contra del Gobierno, la mayoría, fuerte y compacta, estaba en condiciones de obtener la victoria.

Sólo que Sagasta no fué al Congreso. Ya a última hora de la tarde, cuando se acercaba el temido momento de la votación, envió a D. Antonio una carta justificando su ausencia. ¡Oh aquellos «providenciales» catarros que el «viejo pastor» de los liberales tenía siempre a mano!...

A Cánovas le dieron la misiva cuando iba a entrar en cierto lugar reservado, que excusamos nombrar. Revoloteaba por los alrededores, a caza de noticias, un periodista, que vió cómo D. Antonio leía la misiva, hacía un gesto de honda contrariedad, arrugaba entre los dedos el plieguecillo de papel..., y entraba en el cuartito ante cuya puerta se había desarrollado la escena.

El reportero, intrigado, aguardó a que saliera Cánovas. Salió éste, en efecto, y no llevaba ya en la mano la carta que le entregaran antes. Y nuestro camarada adivinó lo ocurrido.

Apenas D. Antonio se alejó, el periodista penetró en el gabinetito reservado.

No fué muy limpia la operación; pero fué provechosa. Al otro día, un periódico de Madrid publicaba una información muy interesante.

Sagasta no había querido asistir al Congreso la tarde anterior, y había escrito a Cánovas una carta notificándole que los liberales no se abstendrían en la votación que se iba a celebrar en la Cámara.

Dicha votación quedó aplazada. Todos consideraban ya derrotado al Gobierno...



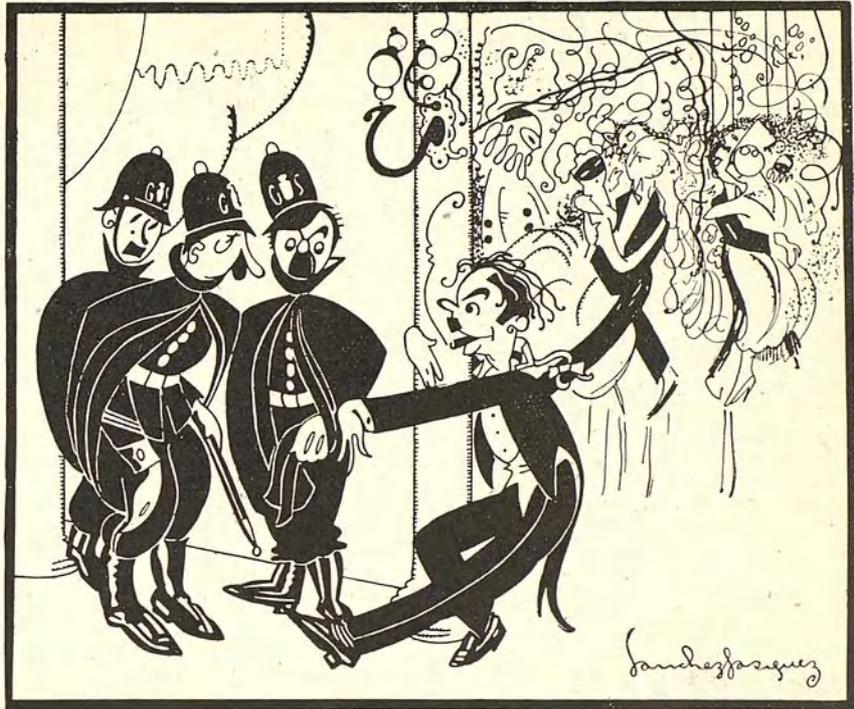
Aquella misma mañana, Cánovas del Castillo anunció a los periodistas que iba a presentar a la Reina Regente la dimisión del Gabinete.

El informador que con tanta audacia se apoderó de la misiva de Sagasta se aventuró a preguntar a D. Antonio:

— Entonces, señor presidente, ¿existe esa carta de D. Práxedes de que habla hoy mi periódico?

Y D. Antonio, con su gracia malagueña, dijo al periodista, después de mirarle fijamente:

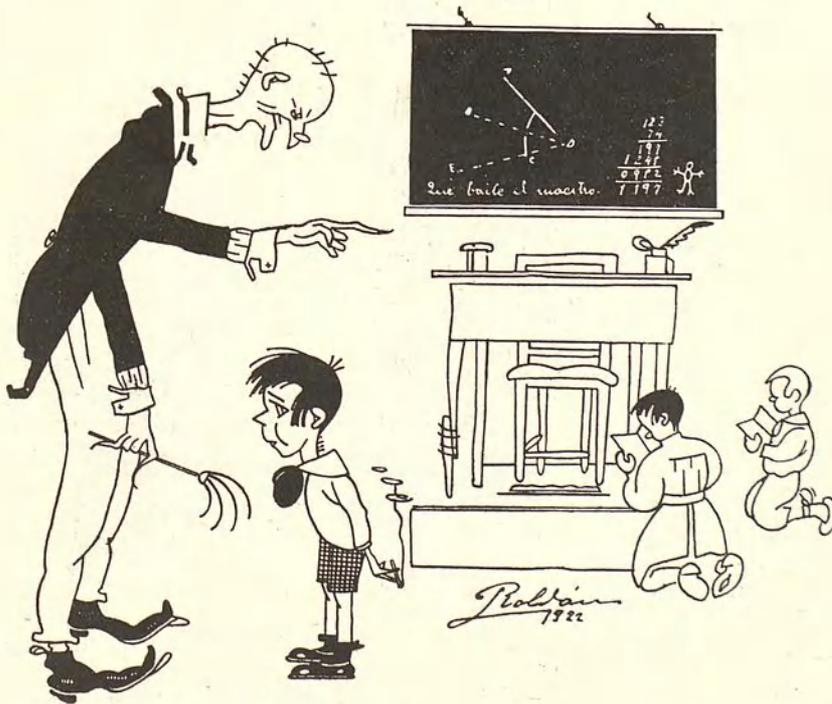
— No zé, amigo, no zé... Pero ezta mañana, en cuanto leí ezo de la cartita en el diario, ¡¡empezó a olerme mal la cosall



— ¿Me cede usted la pareja?...

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

TARTARÍN



Dib. ROLDÁN. — Madrid.

— Vamos a ver, señor Gutiérrez: Más por más, ¿a qué es igual?
— Igual a... ¡No lo sé!... ¡Pero me es igual!...

Ayuntamiento de Madeid

== LAS COSAS DE LOS TEATROS

"LA OTRA"... NO ES OTRA

La otra era un drama de Francisco de Viu, anunciado en Romea. De pronto, Francisco de Viu, en el mismo teatro, anunció otra comedia que no era *La otra*. Esto, que parece un rompecabezas, intrigó a la gente. ¿Cómo se había cambiado de criterio en tan pocos días? ¿Por qué se anunciaba *La flor de Córdoba*? ¿Qué ocurría? ¿Como el truco? ¿Esta *La flor de Córdoba* era *La otra*, o esta otra no tenía que ver con la obra primera?

El laberinto continuaba y la confusión era mayor cada vez. Preguntamos al autor para calmar la curiosidad propia y ajena, y el Sr. Viu nos aclaró lo sucedido.

Dijo así:

— Se anunció *La otra*, es verdad; pero como ya hay otra *La otra* (1), hemos tenido que cambiar el nombre para no coincidir con la otra. Es decir, que *La otra* es la misma. ¿Tú comprendes?... ¡Que es la misma y no otra!...

Como la cosa estaba ya clara, aprovechamos la ocasión para pedirle que nos explicase el argumento de *La flor de Córdoba*.

(1) *La otra*, de Catarinéu y Pedro Mata.

El autor accedió amablemente:

— Verás. La acción, en Córdoba. Se levanta el telón y sale uno. Sale luego otro. En esto que se promueve ya el conflicto, porque el galán quiere a la dama y hay otro galán que también la quiere. Claro es, riñen. Yo, entonces, para evitar cuestiones, echo el telón. Antes de esto, ha salido Emilio Díaz pidiendo que le den vino — cosa extraña —, y no se lo dan. Con lo cual Emilio se enfada mucho. ¿Tú te enteras? En el segundo acto estamos en Madrid. La dama se ha fugado a la corte con uno de los galanes que le hacían la ídem y que resulta cañado, por más señas. La esposa del galán, que es otra dama, busca a su rival y le ruega que abandone a su marido. Entonces, a la hija de Emilio Díaz — Anita — le dan una colocación de portera, para que haya ocasión de hacer unas escenas cómicas. La dama, una vez que todo esto ha sucedido, acuerda volverse a Córdoba en busca del primitivo galán. Y como esto es una locura, para justificarla, hago que

la dama se emborrache. Emilio Díaz, que no sale en este acto, sufre el natural sofocón y la envidia consiguiente. Y es que Emilio es un *curda* empedernido. Con lo dicho antes acaba la segunda parte.

Prosiguió el autor en su amenísimo y detallado relato, que habrá servido a ustedes, seguramente, para enterarse de por qué se llama la obra *La flor de Córdoba*.

— El acto tercero — dijo Víu — es el mejor del drama. Volvemos a Córdoba. La dama parece, en principio, arrepentida de su escapatoria, y se arregla con el galán primitivo y dice que le quiere horrores; pero no es verdad esto, porque ya verás la jugada que le hace al final. Hay una juerga en la que el galán se emborracha también, y todos siguen molestando a Emilio Díaz, enseñándole el vino y no dándole a probar. Esto, que es una granujada, tiene una sanción, y tiene además música, como podrás apreciar en el estreno. En un momento de la juerga en que el tantas

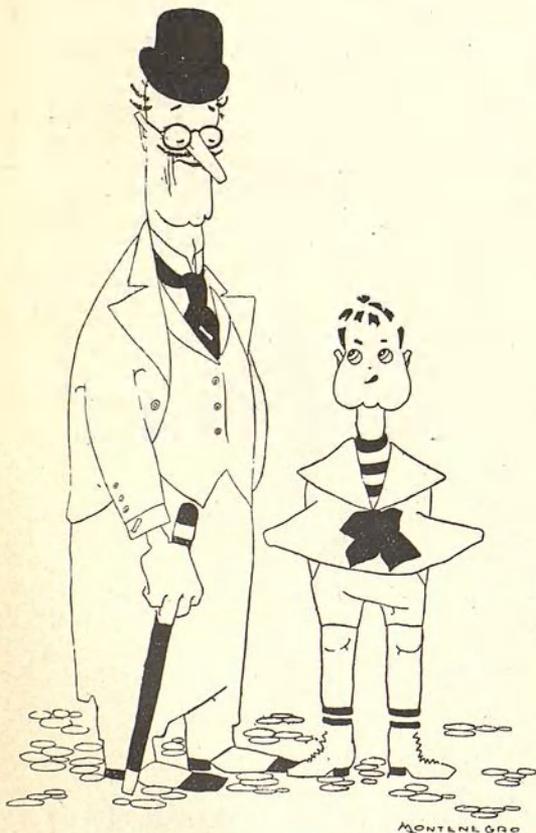
veces citado galán se descuida y hace una mala faena, Emilio Díaz, a instancias de *La flor de Córdoba*, que es la dama, toma venganza fiera por el tiempo que estuvo condenado a no beber. Y entonces se emborracha; pero se emborracha de sangre, porque hace picadillo al galán. ¿Qué te parece?

Nosotros, prudentemente, dijimos al autor que *La flor de Córdoba* era algo sensacional. Teníamos nuestras reservas mentales, sin embargo... ¡Si la obra era así!

Pero resultó que *La flor de Córdoba* no era como nos la relató su autor, sino como tienen que ser las obras buenas; y *La flor de Córdoba* salió fragante, salió hermosa y salió triunfadora.

¡Qué lástima que en BUEN HUMOR no sea costumbre dar bombos a los autores! En cuanto hubiéramos tenido un poco de margen, lo hubiéramos hecho. ¡Palabra de honor!

José L. MAYRAL

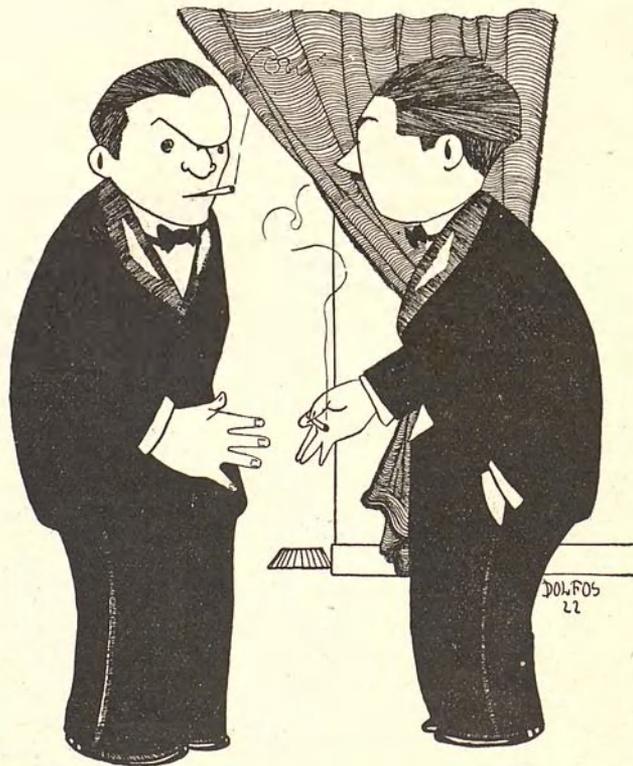


Dib. MONTENEGRO. — Madrid.

— Papá, San Jerónimo debió de ser perito agrónomo, ¿verdad?

— ¿Por qué, hijo?

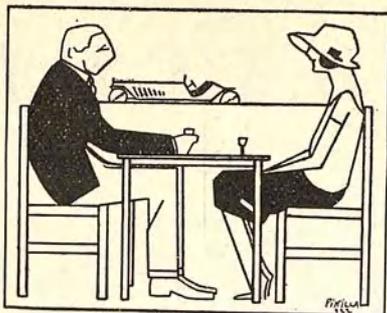
— Pues porque por la carrera de San Jerónimo se va al Prado.



Dib. DOLFOS. — Madrid.

— Chico, he puesto todo mi dinero a la línea y a la calle, lo he perdido, y ahora no sé cómo decírselo a mi padre.

— Ponle cuatro líneas diciéndole que lo has perdido en la calle.



Dib. PINILLA. — Gijón.

— Tanto me estás paseando en tu auto, Enrique, que he llegado a creer que es mío.

— ¡Claro; estás autosugestionada!



Los hijos de la noche

La nota dada por la Dirección de Orden Público acerca de los serenos dice que estos modestos funcionarios son auxiliares de la Policía.

Eso dice la nota. Pero lo que ocurre casi siempre es que, en vez de ser los serenos auxiliares de la policía, es la policía la que tiene que auxiliar a los serenos.

Esto ocurre, generalmente, porque a la una de la madrugada salen de las tabernas de Madrid unos miles de borrachos dispuestos a pegarse con el lucero del alba; pero como el lucero está muy alto, la emprenden a mamporros con el sereno.

El borracho, al salir de la taberna, ve un farol y se va hacia él, dispuesto a apagarle aquel alumbrado supletorio al vigilante nocturno.

— Dígame, sereno, ésta, ¿qué calle es?

— Válgame Dios.

El borracho cree que aquella exclamación commiserativa es una alusión a su estado de embriaguez, y, ¡plaf!, le da una bofetada.

— ¡Válgame Dios! — grita el sereno, llevándose una mano a la parte dolorida.

Y surge el broncazo, con rotura de la bufanda, pérdida del chuzo, caída de la gorra, que, si es de plato, hace al caer con las llaves el ruido de una vajilla rota.

En un caso de éstos, el sereno más sereno se irrita y se enfurece, y está autorizado (aunque no lo dice la nota) a marcarse un farol. Pero la mayoría de ellos prefieren llamar a un guardia.

Por esto decíamos que los auxiliares de los serenos son los policías.

La misión de estos honrados funcionarios — como todo el mundo sabe —, es velar por la tranquilidad del vecindario. Más que serenos, son veladores colocados en la acera hasta la madrugada. Cuando ellos ven que se abren todas las

puertas, comprenden la inutilidad de sus llaves y se marchan llenos de orgullo a su hogar.

Y este orgullo es legítimo, porque no hay funcionario en el mundo que sea más aplaudido que el sereno en el desempeño de su misión.

El ciudadano, al llegar a su casa en una madrugada de invierno o en una noche de estío, se para en la puerta, se acuerda del sereno y comienza a hacer palmas.

Y tan acostumbrado está el sereno a los aplausos, que si no los hacéis, no acudirá a abrirlos la puerta.

Cuando dejáis de dar palmadas (porque le veis venir calle abajo), notáis con asombro que se esconde detrás de una

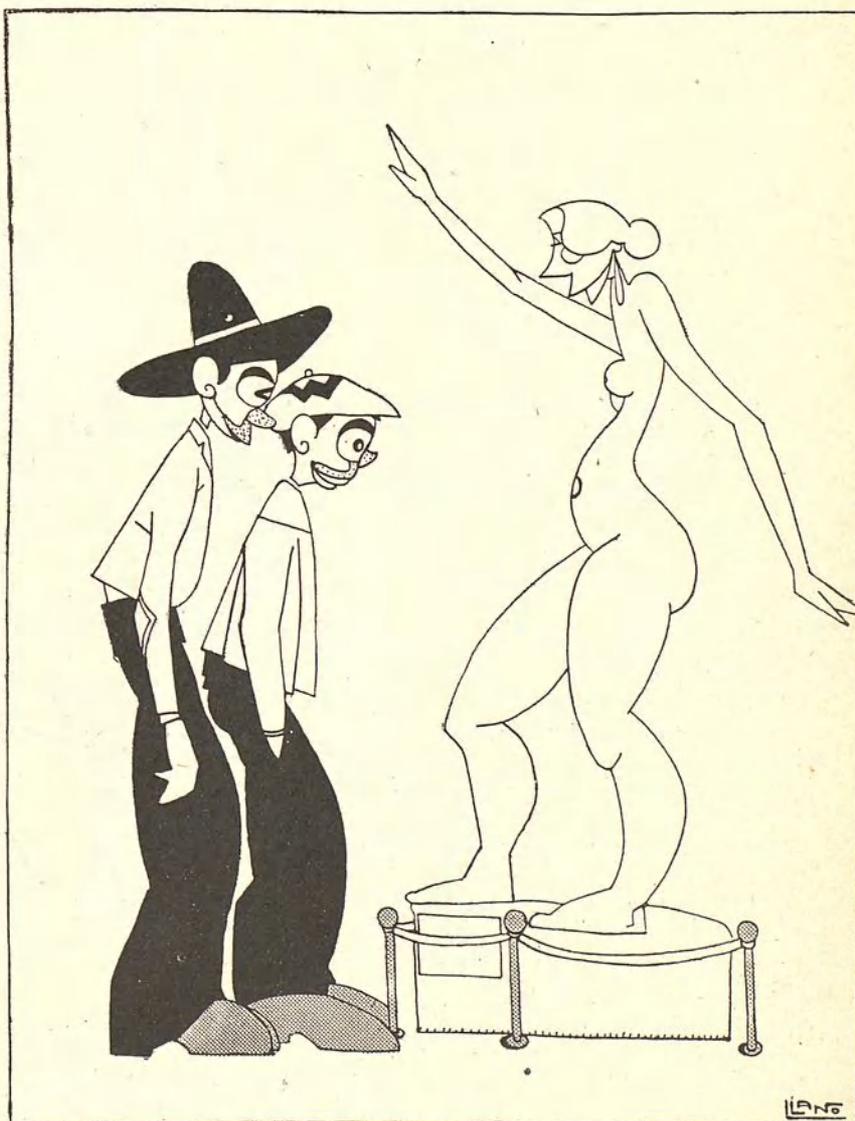
esquina, y entonces arreciáis en las palmadas, hasta que acude.

El esconderse así, lo ha hecho para poder decir con entusiasmo en su casa al día siguiente:

— Anoche me aplaudieron en un mutis.

Se ganan muchos aplausos y mucho dinero estos empleados, que, según la Dirección de Orden Público, no deben de tener en sus vidas más manchas que las naturales que les caigan del aceite del farol que llevan colgando. Y así debe de ser si quieren vivir con buena reputación estos hijos de la noche, que son serenos hasta cuando cogen una perra.

JULIO ROMANO



Dib. LLANO. — Madrid.

— ¡Mia que si viera esto el maestro del pueblo, él que ice que enseña tantol...

Ayuntamiento de Madeid

TITIRIMUNDILLO

— ¿De modo que vienes del Cómico, ese teatro tomado por autores españoles para resurgir nuestro arte nacional?

— Sí.

— ¿Qué representaban?

— El arreglo de una opereta alemana.

«En Soria se presenta la lucha electoral interesante.»

¿A que no hay allí violencias ni asperezas? En Soria, mantequilla pura.

«Se ha descubierto un cementerio merovingio.»

— ¿Mero-vingio?... ¡Bah!... Lo importante hubiera sido descubrirle de mero con guisantes.

«El barrio de Argüelles nace en la plaza de España y se pierde en la Moncloa.»

Y ¿por qué, antes de perderse, no le pregunta a algún guarda?

Durante una semana han muerto en Madrid sesenta y seis personas de bronquitis.

¡San Rafael falló siempre tan fuerte!

A pesar de ser el que más bronquitis ha soportado.

«Bien merece un cordial ágape en común.»

Con lo del cordial y con lo del ágape estamos conformes. Con lo del común, no. ¿Cómo no se ha buscado otro sitio?

«Los aduaneros han decomisado 200.000 litros de alcohol desnaturado.»

— Han hecho bien, porque ese alcohol da lugar a que los padres mal traten a los hijos.

— ¿Cómo?...

— Sí, los padres desnaturados lo beben.

«El asunto del pan hay que abordarlo en el fondo...»

Y en la forma. Porque no es lo mismo fuese Muñoz Seca que una bizcochada.

En el pan, como en la sociedad, las buenas formas es el todo.

La ópera Monna Lisa está hecha a base de la sonrisa de la Gioconda.

¿Una obra con una sonrisa nada más? Eso sería un fracaso si el autor fuese Muñoz Seca, que las hace a base de carcajadas.

«En los Archivos municipales hay de todo.»

Pero más vale no tocarlo. Porque si nos ponemos a revolver en el Ayuntamiento, ¡lo que va a salir!...

S ANCHA EN



Sancha, el admirable Sancha, otra vez entre nosotros, nos envía estas cordialísimas líneas con los primeros dibujos que destina a BUEN HUMOR:

«Mi querido Sileno, compañero de tantos viejos años... Contigo se asocian siempre en mi vida los momentos, los cambios, que forman estos escalones, digámoslo así, que son casi un nuevo nacer.

Mi vida está formada así, y ya creo que tengo más vidas que un gato.

Contigo, a mi vuelta de Pis, allá duos luchadores en Gedeón.

Casi tú y yo solos sobrevivimos hoy los de aquella terraza de anco y uníamos a decidir las carteras N mero, Roure...

Tú sigues luchando contraiento y de vida... Yo también...

Ahora vuelvo otra vez, detrás de r

EN MADRID



PENSAMIENTOS

«El hombre que no piensa, es una indecente caballería...»

NIETZSCHE.

Un servidor no quiere ser caballería ni por pienso. Por lo tanto, pienso.

Yo.

Una horrible duda atormenta mi espíritu: ¿son las Compañías eléctricas las que nos dan la luz a los madrileños, o somos los madrileños los que damos la luz a las Compañías...?

De lo que estoy completamente seguro es de que los madrileños somos unos primos alumbrados; y no es por lo que nos alumbran las Compañías, que no nos alumbran nada, como ustedes podrán ver..., o, mejor dicho, como ustedes no podrán ver de ninguna manera en cuanto se haga de noche...

Si *Chelito* y la Cachavera hubiesen caído prisioneras de los moros, en vez de recibir los ultrajes de éstos, serían ellas las que les habrían ultrajado a ellos.

En una porción de banquetes, y en el momento solemne de los brindis, me he hecho la siguiente y triste reflexión:

¿Por qué no será mudo *Francos Rodríguez*?

O ya que esto es imposible de conseguir, ¿por qué no seré mudo yo?...

Del distinguido presbítero (*Dominus vobiscum, amén*) D. José María Granada, autor de la celeberrima obra teatral *El niño de oro*, dicen los empresarios que es un autor que da dinero.

Y, en efecto: en Valencia le han dado quince mil pesetas por la exclusiva de su obra; en Barcelona, veinte mil *beatas* (que para un cura me parecen bastantes) por la misma exclusiva; en varias provincias del Norte, otras veinticinco mil *moscas* por el derecho de estreno, y en algunas capitales del Sur, otra serie de miles de pesetas que es un espanto.

Y ¿éste es el autor que dicen que da dinero?...

¡Querrán decir que lo tomaré...

Cada vez que en la plaza de toros he visto al *Gallo* pálido y convulso, con las medias caídas (las suyas y las del toro) y verificando sus acreditadas *espantás*, no he podido evitar el siguiente razonamiento:

¡Es un disparate llamar *Gallo* a este hombre, cuando se ha empeñado en demostrarnos que es *gallina*!...

En una caja de cerillas he leído el siguiente anuncio:

«Lo mejor para evitar los incendios es el extintor *Maximax*.»

No estoy conforme.

Lo mejor para evitar los incendios es usar las cerillas de la caja.

te, y te encuentro centinela sin sueño de la ley sincera que defiendes.

Ahí van esos primeros apuntes de esta admirable España, de tan enorme carácter en todo lo que la forma; de esta originalísima Patria que tenemos, en la que hasta sus defectos son bellos, a fuerza de interés y personalidad. Son tipos de la calle los que te envío, de este Madrid único, al que llego con ansia, con sed de vivirlo.

Tuyo, — SANCHÁ.»

Hace doce años, en un teatro de Madrid, me patearon estrepitosamente una obra, que, andando el tiempo, llegó a quinientas noventa y cuatro representaciones.

Hace bastante menos, en otro teatro de la corte, me hicieron *fu* a otra piecilla, que llegó a la cien representaciones.

Después estrené otra, que se recibió cortesmente y con aplausos benévolos; ésta llegó a sesenta representaciones.

¡El día que me aplaudan en serio una obra, me veo pidiendo limosnal...

Yo estaba un poco enfermo, y me recomendaron un médico eminente, que cobra diez duros por visita, diciéndome que mejoraría en seguida...

Pero las visitas se suceden y yo cada vez me encuentro peor...

¡Me encuentro peor de dinero, como ustedes habrán adivinado!...

¡Si seré desgraciado en amores, que para que una mujer me dé un sí, tengo que ir al teatro Reall

¡Y a veces me tengo que contentar con un *re!*

Me extraña mucho que la torre Eiffel, de París, no esté asegurada de incendios.

No sé si se habrán ustedes fijado en que en España la gente huele mal desde que se perdieron las colonias.

ERNESTO POLO



Dib. GODÍNEZ. — Carabanchel.

- ¿Tú crees que podremos dar un paseo en la lancha, aunque haga agua?
- Sí, señor; achicándola...
- ¡Hombre!... ¡Es que si se achica no podremos ir todos!...

ANÉCDOTAS TEATRALES

EQUIVOCACIONES

La cosa más fácil del mundo, y que el público no perdona jamás, son las equivocaciones; el cambiar una palabra, ¿qué digo una palabra?, una sílaba, es motivo para *menear* a un artista.

Durante treinta años largos que yo he trabajado en el teatro, he oído cosas graciosas — yo he tenido la suerte de equivocarme poco; algo tenía que tener, ¿verdad? —. Allá van algunas de ellas, a ver si es verdad que son muy cómicas.

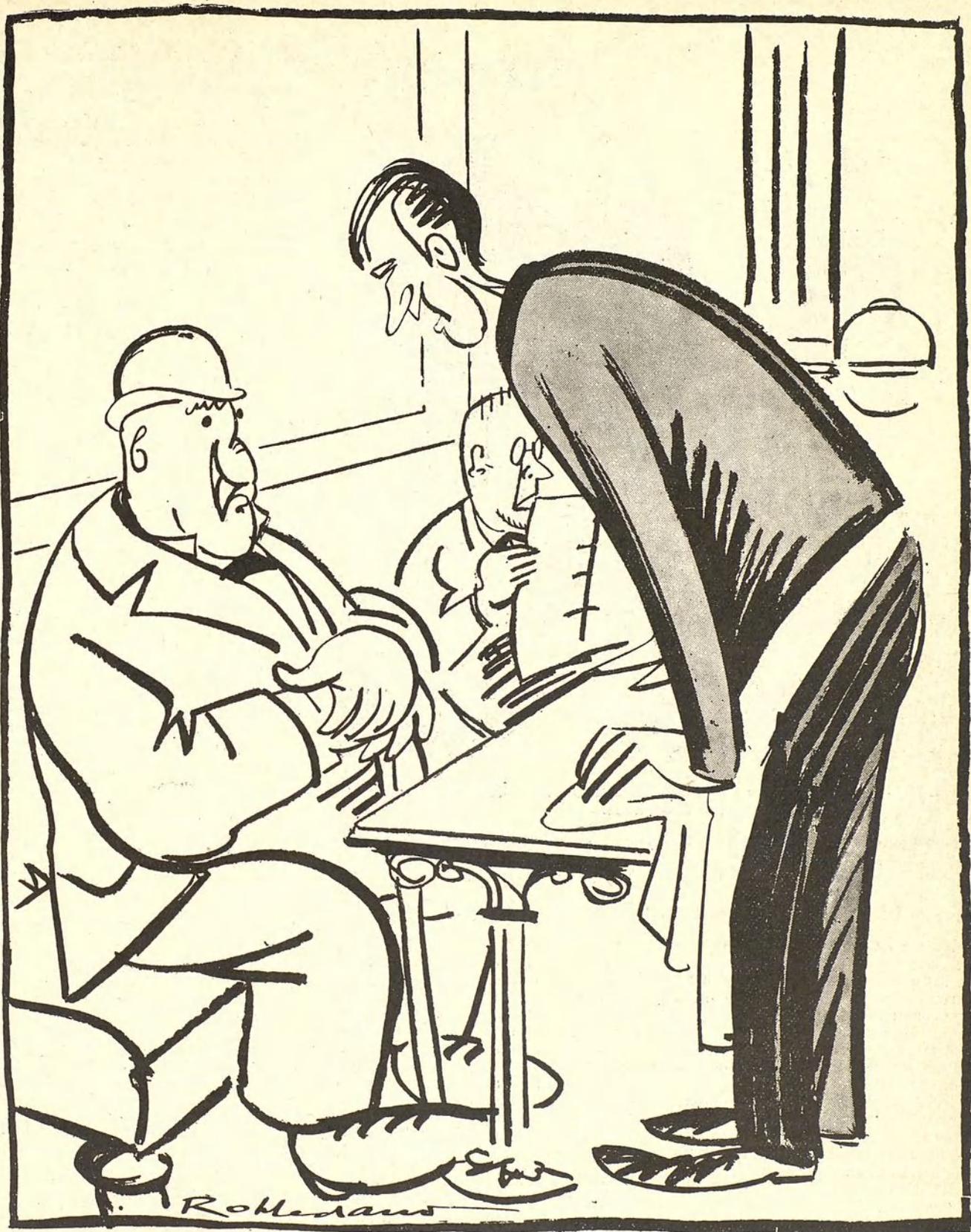
En el primer acto de *Juan José*, al final, tiene éste que decirle a la Rosa: «¡Tú! Sal delante, y sal tranquila y ve despacio; ¡anda!» Se hizo un lío el actor encargado del Juan José, y le dijo: «¡Tú. Sal de prisa, sal despacio y sal corriendo; ¡anda!» En *La fuerza bruta* tiene que decir un personaje a otro, dándole buenos consejos: «A ver si te haces un buen artista, como Fred, como Dik, como Hugo.» El actor que decía esto se encargó repentinamente del papel, no oyó al apuntador y dijo: «A ver si te haces un buen frak, o un chaqué, o un abrigo.»

En el *Don Alvaro* hay unos oficiales que miran con anteojos cómo se desarrolla una batalla, en la cual toma parte don Alvaro, compañero suyo, y siguen con interés el curso del combate. Uno de ellos tiene que decir: «Si no me engaño, ha caído herido don Fadrique», que así se llama en este acto don Alvaro; y dice otro oficial: «No debe estar más que herido»; y añade un tercer oficial, mirando con el antejo: «Uno corre a caballo hacia acá.»

Se azararon los tres, y dice el primero: «Si no me engaño, ha caído don herido Alvaro»; y dice el otro: «No debe estar más que muerto»; y replica el tercero: «Uno corre hacia caballo, hacia caballo, hacia caballo...»; y si no echan el telón, todavía sigue diciendo *hacia caballo, hacia caballo*.

En una obra de Miguel Echegaray que se titula *Meterse a redentor*, tiene que decir un personaje: «Yo soy de una raza de titanes; no soy de esa generación de jóvenes entecos y sietemesinos que se pasan la vida en Panticosa, bebiendo litros y litros de agua sucia de los mantianales»; y dijo: «Yo soy de una raza de totanes; no soy de esa generación de jóvenes antecos y mesomesinos que se pasan la boda en Pantiqusa bebiendo letros y letros de agua sucia de los mantianales.» El mismo susodicho actor tiene que decir en *El libre cambio*, contestando a un personaje que dice «Aprobado por unanimidad»: «Por unanimidad, no; mi voto en contra, y protesto»; y dijo: «Por unanimidad, no; mi voto en contra, y potestro...», y *potestro*; y volviéndose a nosotros, que no podíamos contener la risa, añadió por lo bajo: ¡Qué lengua, qué barbaridól.

MANUEL VICO



COMPENSACIÓN CONYUGAL

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

- ¡Caramba, don Homobono!... ¡Cuánto tiempo sin venir por el café!...
- Es que, desde hace una temporada, todos los días mi mujer me da el té...

Ayuntamiento de Madeid



— ¡Pero, hombre! ¿Otra vez a dormir la siesta?...
— No, si es que voy a dar dos cabezadas.

Dib. BILBAO. — Madrid.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL CARTEL Y SUS ENEMIGOS

No me refiero al cartel artístico, que demasiados enemigos tiene en muchos de los que lo ejecutan. Voy a hablar del cartel callejero, de teatros, de cines, de aguas minerales, de novelas de pasión (algún día hablaremos de las novelas de pasión). De ese cartel efímero, flor de un día, que vemos lucir en las esquinas y en las vallas.

Si un día ve usted un cartel, al día siguiente ya no puede verlo. Sólo los carteles atrevidos, que se suben a la altura de los segundos pisos, pueden resistir la guerra tiránica que se le hace.

El primer enemigo de los carteles es el Ayuntamiento, que es el primer enemigo de todos (1). Por cada cartel cobra

un impuesto que se suele elevar hasta sesenta céntimos, exorbitante cantidad si se tiene en cuenta el poco tiempo que se le deja gozar el derecho que por ella adquiere, a causa de las autoridades mismas, que no impiden que sea exterminado, arrancado a tiras, a las pocas horas de ser colocado en la valla.

Por las noches salen unas mujeres con unos sacos para arrancar los carteles, sin perdonar ninguno ni atender a su índole intelectual o médica. Sólo, por excepción, suelen perdonar a los bandos del alcalde y del gobernador civil, que son, precisamente, los carteles que nadie lee y que nadie necesita.

Los otros, todos desaparecen dentro del saco.

No dejamos de comprender que si se dejaran los carteles en su sitio, sin permitir que se arrancasen, las calles serían cada vez más estrechas, dada la fecun-

dad con que el cartel se reproduce y se superpone.

La labor de los descarteladores es, en cierto modo, beneficiosa. Los carteles se aglomerarían unos encima de otros, llegarían a hacernos imposible la circulación urbana.

Pero es terrible el celo que ponen en su oficio los descarteladores. No dan tiempo a leer los carteles. Se los llevan demasiado pronto. Parece como si detrás de cada hombre que pega carteles fuera otro a quitarlos. Se llevan algunos aún con la tinta fresca y con el engrudo chorreando. Llegará el día en que se los lleven con la valla y todo.

Indudablemente, su ideal será el de encontrar a los que ponen los carteles de noche, en una calle oscura, y atraparlos y meterlos en el saco con su preciosa carga de carteles inéditos. Pero los que ponen los carteles, que temen esta persecución, lo hacen al mediodía y en los sitios donde hay guardias.

Yo pido a los altos poderes protección para los pobres carteles indefensos.

Si siguen así las cosas, podría producirse una huelga general de anunciadores. No se vería ningún cartel en la calle. El Ayuntamiento perdería un ingreso y tendría que buscar colocación a los descarteladores *sin trabajo*. Las fábricas de papel elevarían sus quejas al Gobierno.

Quizás no se acuerde el señor alcalde de que en el *Juanito* se nos dice que el papel se hace principalmente con papeles viejos, para aprovechar su pasta. Recapacite, y comprenderá claramente que los descarteladores no son *sportsmen*, y que llevan esos sacos repletos a las fábricas de papel, que retribuyen sus servicios.

Siga meditando, y considere que tal vez faltando la materia prima se cerrarían las fábricas de papel, y llegue, por medio de este razonamiento, a imaginarse por un momento lo que pasaría en Madrid cuando faltara el papel.

¿Dónde se escribirían los expedientes, esos importantísimos expedientes ministeriales de los que depende la vida de la nación?

¿Con qué harían pajaritas nuestros diputados?

¿En qué se envolverían los caramelos del Senado?

El alcalde no debe ocasionar, pues, tan graves perjuicios al país, a la industria y a la burocracia nacionales. Haga respetar un poco el cartel, como hace respetar el árbol a los niños de las escuelas públicas. Las virtudes cívicas deben grabarse en los corazones de los pequeños futuros ciudadanos.

José LÓPEZ RUBIO



(1) Y, generalmente, el encargado de poner en los carteles el sello del arbitrio lo hace siempre, con infame y premeditada oportunidad, en el sitio en que más molesta: en el ojo o en las mejillas de la figura que representa el cartel.

— Entonces, ¿qué le queda a usted en la vida?

El rostro del insaciable sensual se agudiza en un hocico que significa vehe-
mencia, y sus apagadas pupilas rebri-
llan alucinadas.

— Me queda el viajar... En marzo daré la vuelta al mundo... en un *yacht* que no admite más de trescientos pasa-
jeros... Seis meses de ruta... La única es-
cala de Europa es aquí, en Montecarlo... De modo que, para mí, como si to-
mase el tranvía... Me dejan en casa...

— ¿No piensa usted abandonar la Costa Azul?

— Nunca... He comprado tres *villas*... Ahí, en Menton... Ese es el refugio de los escritores... Octavio Mirbeau, Robert de Montesquieu, descansaban en Men-
ton... Yo tengo tres *villas*...; desde mis
ventanas se domina la entrada de Italia... Y muchos días, en mi Cadillac, me
voy a los Alpes, a ver patinar a los *diablos azules*, los soldaditos alpinos...
¡Oh, mi casa es una Babel! La doncella y el *chauffeur*, madrileños; los jardine-
ros, italianos; el secretario, francés... Y
vienen visitantes de todos los países...
Hoy mismo llegaron dos parlamenta-
rios ingleses, que, por cierto, se retiraron
un poco *chispos*, gracias al jerez de mi
bodega... Estoy formando una bodega
universal...

Con su voz caliente y su espumosa
verbosidad, Blasco Ibáñez hace el in-
ventario de sus riquezas, entre risas, y
envolviéndolo todo en las eses con que
sustituye la c y la z.

Al cabo de una pequeña pausa añade:
— Hay que viajar... Ese es el defecto
de España: que no viaja... Hay que salir
de la calle del Gato...

Otra pausa. Y luego:
— Pues sí; yo moriré aquí... Y vendrán
de *Valencia* con los *maseros*, y me lle-
varán en un velero...

— ¿Quién habla de morir? — pro-
testamos —. Está usted muy joven...

— Claro que sí... La juventud es una
voluntad... La juventud no existe... Eso
es cosa de los países bárbaros... Mire
usted aquí las grandes horizontales...
Comienzan a vencer a los cincuenta
años... Porque la mujer no tiene edad...
La mujer es un producto de la civiliza-
ción... En España no hay mujeres... Hay
jóvenes y viejas; y aquello de *Mi hija ya
no toca el piano, porque como se ha
casado*... Dicen que al llegar cierta edad
se busca a las menores, a las niñas,
¿qué sé yo?, a los fetos... A mí no... A mí
me gustan las mujeres... No hay que en-
señarles nada... Yo no tengo vocación
de maestro de escuela...

Ríe y ríe como un fauno experto y
barroco, que trasladó a los decadentes
fumaderos de opio las violencias del
bosque. Como antes la del demagogo en
camiseta, acude a nosotros la visión de
un Blasco Ibáñez ya esfumado en el
ayer: el propagandista que recorría los
pueblos y salían a recibirle fornidas
huertanas con ramos de naranjas. En-

tonces, los idilios en que el relincho de
los caballos árabes en las masías
reemplazaban al ruiseñor. Todo lo ha
olvidado el magnate.

Nos separamos, no sin un último es-
tallido, de este formidable *condottiere*,
que ha recorrido el mundo como una
traca ensordecedora.

— Venga a verme — dice ya con mi
mano entre la suyas—. Aviseme, y pre-
pararé un almuerzo con amigos... Venga
a verme... Con toda fraternidad... Y lo
mejor sería que dejase Cannes... Cannes
es un artificio de Corunchet... Allí no se
puede oír música sin permiso de Hahn,
ni vestirse sin licencia de Paul Poirer...
Todos *snoobs*... Ríase usted; en el Casi-
no de Menton estamos en familia, y a
lo mejor, un general americano, que se
ha bebido algunas botellas de *cham-
pagne*, coge unas bandejas y se pone a
hacer malabarismos...

He ahí, lector, a uno de nuestros ma-
yores prestigios intelectuales, ajeno a
su país, entregado a una sensualidad
grandiosa en su inocencia. No le culpe-
mos de su egoísmo. Parece que España
goza del privilegio de que su procerato
la rechace en un divorcio significati-
vo. Jacinto Benavente huye sacudiéndose
el polvo de sus zapatos. Unamuno se
aisla rabiosamente. Zuloaga la martiriza
como un inquisidor. Sus grandes la
abandonan con la diversa egolatría de
su temperamento.

Y en la calle del Gato, que, como sa-
béis, posee unos celeberrimos espejos
cóncavos y otros convexos, quedan unas
figuras, no menos prestigiosas y no me-
nos narcisescas, que se dedican a pro-
longar su talla o ensanchar su volumen,
mirándose en las lunas que tienen la
virtud de alterar las imágenes.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



EXTRAVAGANCIAS

I

¡Claro que sí!

El que lleva una *cuchara*
en su «tunante sombrero»,
y un *tenedor* en su título
de profesor de comercio,
y además unos *cuchillos*
en sus pantalones viejos,
¿no tiene todas las trazas
de un caballero *cubierto*?...

II

En igual situación.

Según me han asegurado,
cierta lombriz solitaria
mandó a cierto ex oficial
de Correos una carta

diciéndole: «Amigo mío,
la suerte nos equipara.
Nos han echado a los dos
del cuerpo... ¡Mia que es desgracial..»

III

Trapalonerías.

Refiriéndome una vez
con la mayor seriedad,
Ruperto Ruiz, en Jerez,
la terrible mortandad
que hubo un año en Aranjuez,

me dijo que se murieron
el alcalde y sus hermanos,
y los jóvenes más sanos,
y los niños que nacieron,
y un sinnúmero de ancianos.

— ¡Por vida de Satanás!
— le dije yo —. ¿Adónde vas
con tanta exageración?
¡Ay, amigo, cómo estás!
¡Tú has perdido la razón!

Si lo cuento en el café,
ya estoy viendo que con fe
se ríen de lo ocurrido
hasta las personas que
nunca se habían reído.

— Pues lo que afirmo es tan cierto
— siguió diciendo Ruperto —,
que aquel año quiso Dios
¡que hasta se murieran los
que nunca se habían muerto!

IV

¡Hay que ver!...

— El apuntador Peidró
dió anoche una *bofetá*
a su empresario.

— ¡Gachó!...
¡Ya no sólo es el *relo*
el que apunta y luego da!

V

¡Oportuno cartelito!

Las obras del Ministerio
nuevo de Marina avanzan,
y espero que en él no pongan
lo que en la antigua fachada.
¡Mirad que en un edificio
marítimo tiene gracia
que haya un letrero que diga:
«¡No se permite hacer aguas!...»

VI

¡Oh, las subsistencias!

Dió a luz anoche Pilar,
y dijo a su esposo, Arteché,
harta de tanto pagar:

— ¡Hijo, no puedo evitar
la subida de la lechel...»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



UNA ESPERANZA

Dib. ARREGER. — Madrid.

LA SUEGRA. — Llevamos dos horas de paseo. ¡Creo que no tardaremos en volcar!...
Ayuntamiento de Madeid

Los trabajos de un vago

Al cruzar la Puerta del Sol sentí que me golpeaban amistosamente en el hombro y volví la cabeza.

Un hombre joven, derrotado, con flecos en el pantalón y las mangas de la americana muy cortas, como las de un cesante de Cilla, me sonreía, enseñándome una mella en su boca balbuciente de alcohólico:

— ¿No te acuerdas de mí?

Le miré perplejo, como queriendo hacer memoria.

El desconocido prosiguió:

— No es extraño... ¡Con esta facha!... Pero caerás en cuanto te diga una cosa. ¿Te acuerdas de Venancio?

— Venancio... Venancio...

— Sí; tu antiguo compañero en aquella célebre casa de huéspedes de la calle de Atocha...

— Que sí, hombre, que sí... Y cuéntame, ¿qué es de tu vida?

— Chico, una cosa trágica, granguí-

ñolesca. Tú recordarás que yo estudiaba Medicina.

— Justamente.

— Y sabes que la botánica y yo éramos incompatibles.

— ¿No aprobaste por fin?

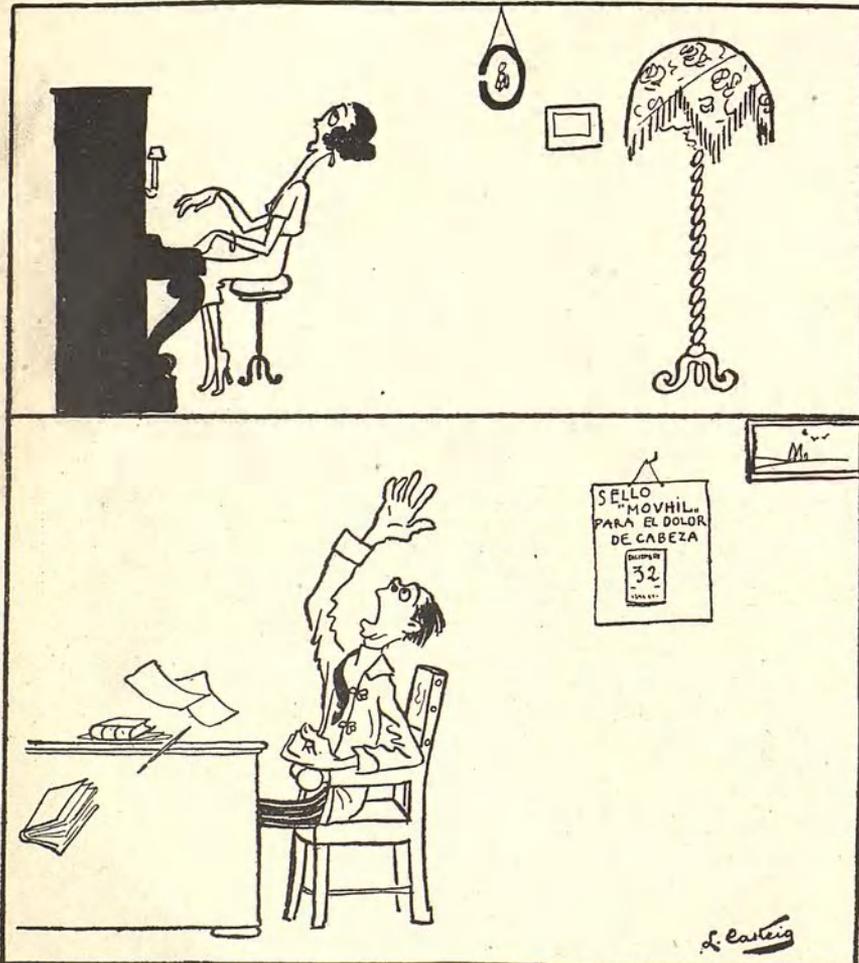
— Pues ahí voy. No aprobé aquel año, ni al otro, y a la tercera vez que me ca-tearon, mi padre, que ya me lo había hecho saber previamente, me retiró su protección... ¡Excuso decírtelo... Al verme sin dos reales..., ¡el caos! Erré, ayuné, pernocté en los paseos... Más tarde, busqué colocaciones: pretendí, indagué, y todo me fracasó... ¡La desgracia se cebó en mí, Eusebio!... Perdona si me enternezco — dijo secándose una lágrima ficticia —. Y gracias a los buenos amigos, que nunca faltan...

Yo me palpé el bolsillo del chaleco.

— ¿Te explicas verme en este estado?

— Sí; verdaderamente es horrible...

— Di trágico, Eusebio... Te juro por mi vida que no sueño más que con Star...



Dib. CASTEIG. — Alicante.

La vecina canta La banderita por centésima vez.
ELLA (cantando). — ¡El día que yo me muera...!
EL VECINO. — ¡Ese día descansaremos!

— ¿Con estar colocado?

— No; con pistolas. La desesperación de Espronceda fué una *astracanada* si la comparas con la mía... Como te decía, mi padre era registrador de la Propiedad. Bien. Pues un día, en que él no estaba, me presenté en su domicilio, y el registrador de la propiedad... de mi padre fui yo. Abrí armarios, descerrajé cajones, y me llevé cuanto cogí a mano... Sé lo que me vas a decir. ¡Tienes razón, Eusebio!... Aunque bien le estoy pagando a mi padre (dicho sea metafóricamente) todo aquello. Después de aquel golpe de audacia, perdí ya por completo los estribos...

— Y fuiste un caballo loco que emprendió veloz carrera.

— Sí; y no la concluyó. Jugué, malvendí, empeñé. No hay nombre célebre que no haya usurpado yo para honrar (que buena falta les hace) los libros de las casas de préstamos. Desde Raimundo Lulio hasta Martín Lutero, a todos los héroes y sabios les tomé los nombres para mis pignoraciones. Perdona, sí. Aquel gabán tuyo que te empeñé... ¡No había comido, Eusebio! ¡Te lo juro por las cenizas de mis difuntos!... Oye: a propósito de cenizas, ¿tú tendrás tabaco?...

— Sí, hombre, toma — le dije alar-gándole la petaca.

— Voy a cogerte un par de ellos. Y dispensa, ¿eh?...

Venancio acercó el pitillo a la cerilla que le encendí, guardó los otros en el raído gabán y prosiguió, lanzando al aire una bocanada de humo:

— ¡Vaya con Eusebio! Tú si te has hecho un hombre...

— ¡Hombre!...

— No hay más que verte. Te aguarda un gran porvenir. A mí, en cambio, sólo me espera (y que sea por muchos años) el Viaducto. Allí iré a *doblar* cuando no pueda resistir esta estocada en las mismas agujas con que al venir al mundo me recibió la Fatalidad. Por cierto que es la vez única que *me han recibido* bien. Esto se acaba, Eusebio — me dice Venancio apurando la colilla y arrojándola al suelo.

— ¿El cigarro?

— No; mi vida, que no vale dos rublos.

— ¿Tan mal te sientes?

— Por desgracia estoy hasta desahuciado.

— ¿Del pecho?

— No, de la casa de huéspedes. Y comprenderás que en tales circunstancias, o éste no es éste, o se va al Este.

— ¡Toma, hombre, cinco pesetas y dé jate de dramas!

— Eusebio, no me pierdas. Mira que hoy me iba a matar, y con esto no me mato.

— Claro. Te matarás con un revólver. ¡Mira éste!

— Las tomo; pero conste, Eusebio, que lo que el duro dure, duro. Estoy harto de sufrir. ¡Son muchos trabajos!

— ¡Pero si tú no has trabajado nunca!

— Me calumnias, Eusebio. He vivido

DEL BUEN HUMOR AJENO

LAS CAUSAS DE MI DIMISIÓN, por Mark Twain

Washington, 2 de diciembre.

Esta mañana he presentado mi dimisión. Aunque afecte el Gobierno la mayor indiferencia ante este caso trascendental, no hagan ustedes caso de exterioridades: el Gobierno lleva un plomo en el ala... Desde hoy le falta uno de sus más valiosos elementos.

El caso es que yo estaba empleado en la Comisión senatorial de Conchiliología, y acabo de dimitir porque me parecía advertir en los miembros del Gobierno cierta tendencia a hacerme víctima de una irracional obstrucción.

Se me había nombrado escribiente en el Comité de Conchiliología, sin asignarme siquiera un secretario con quien hubiera podido jugar al billar. Yo hubiera soportado esto si los miembros del Gobierno se hubieran portado atentamente conmigo. Pero no. Desde que yo notaba que la dirección de cualquier departamento se hallaba equivocada, abandonaba en seguida mi trabajo para ofrecerles mis sabios consejos, como era mi deber. Nunca me lo agradecían. Yo llegaba con las mejores intenciones al ministro de Marina, por ejemplo, y le decía:

— Señor, me parece que el almirante Farragut lo que está haciendo es darse un viaje de recreo con la escuadra por los mares de Europa. Me parece que eso no está bien. Si no va a luchar con ninguna escuadra enemiga, que se venga. Un hombre no tiene derecho a una escuadra entera para darse un paseo acuático. Sale muy caro. Los viajes de instrucción deben de ser más económicos. Lo mejor sería alquilarle una balsa, para que se pasease en el Misisipi...

El ministro explotó en indignación. Parecía como si yo acabase de proponerle cometer un crimen. Me preguntó quién era yo. Cuando le dije que miembro del Gobierno, me preguntó en qué clase de funciones. Le dije que empleado de la Comisión senatorial de Conchiliología... Arreció la tempestad, y acabó por echarme de su despacho.

Fuí después a ver al ministro de la Guerra. No me recibió hasta que le hice saber que era miembro del Gobierno. Entré, le pedí lumbre para

el cigarro y le dije que no tenía nada que objetar respecto al general Lee y sus soldados; pero que, en cambio, me parecía muy mal la forma en que se hacía la campaña contra los indios de las praderas.

— Nada de ataques aislados, señor ministro. El mejor sistema de acabar la campaña de una vez, consiste en atraer a los indios a un lugar a propósito y fusilarlos concienzudamente. A los habitantes de las praderas no se los convence más que por el fusilamiento metódico. Si no fuera partidario de este medio, le aconsejaría este otro: mucho jabón y mucha enseñanza. Claro es que ni el jabón ni la enseñanza producen tan inmediatos resultados prácticos como las balas; pero sus efectos son casi tan funestos. Un indio fusilado a medias, puede llegar a restablecerse; pero si se le ilustra y se le enseña a lavarse, tarde o temprano enflaquece y muere. No hay

nada que arruine más el organismo de un indio que la limpieza y la educación. De modo, que elija usted: o buenas balas de fusil, o jabón y alfabeto.

Sin dejarme continuar, me preguntó bruscamente mi nombre.

— Soy — le dije — secretario de la Junta Senatorial de Conchiliología.

Por toda respuesta, el ministro me hizo detener y procesar por injurias a la autoridad constituida. Estuve varias horas encerrado.

Al ministro de Hacienda le expuse cuán difuso y prosaico me parecía su último informe financiero. A mi juicio, el documento estaba lleno de pormenores ociosos, y además adolecía de torpeza de forma. No había nada que denunciase en el autor temperamento artístico. Ni protagonista, ni intriga, ni personajes episódicos, ni siquiera grabados que animasen el texto. Podía estar seguro el ministro de que nadie había de leer su obra.

— Porque, señor ministro, ¿en qué cree usted que consiste la popularidad de los almanaques? Pues en que insertan poesías y chascarrillos. ¿Hay algo que se oponga a hacer lo mismo en un informe financiero? ¡Qué agradable resultaría mezclar algunas anécdotas entre las cifras!

El ministro, con gran sorpresa mía, se puso furiosísimo. Me injurió y me amenazó con hacerme salir por la ventana si volvía a importunarlo.

Ante esto, sólo me restaba marcharme. Bien se veía que los ministros de Guerra, Hacienda y Marina se habían conjurado para anularme.

Después de grandes meditaciones, decidí asistir a un Consejo de ministros. Acudí a Casa Blanca y me colé en la Sala del Consejo. ¡Qué escena! Se quedaron perplejos hasta que me dijo el presidente:

— ¿Quién es usted, caballero?

Le entregué mi tarjeta, y no le hizo efecto. Fingió no conocerme.

El ministro de Hacienda rompió el silencio y dijo:

— Presidente, éste es el imbecil de los chascarrillos.

El ministro de Guerra añadió:

— Este es el de los indios de las praderas.

Yo ahogué sus voces gritando:

— ¡Dejemos esto! ¡Quiero saber si se celebra Consejo hoy!



LA LEY SECA

— Pero ¿no comprende usted que su marido, bebiendo tanto, se quita diez años de vida?

— Mejor, señora; esos menos tengo que aguantarle...

(De DUNCAN, en Life, de Nueva York.)

El presidente me contestó afirmativamente con la cabeza.

— Pues bien: entonces, pongámonos a trabajar, no perdamos tiempo.

El ministro de Estado, con acento cariñoso, me dijo:

— Joven, parte usted de una base falsa. Los secretarios de las Comisiones no son individuos del Gobierno, como tampoco lo son los porteros del Capitolio, por extraño que a usted le parezca. Así, que, aunque nos complacería de un modo extraordinario que usted ilustrase con su sabiduría sobrehumana nuestras deliberaciones, no podemos legalmente aprovechar sus iniciativas. El Gobierno se ve, pues, en la dolorosa necesidad de no hacerle caso. Reciba nuestra bendición, y vaya con Dios.

Estas palabras confortaron mi espíritu.

Salí de Casa Blanca y me fui a los desvanes del palacio del Senado, donde estaba instalada mi oficina. Apenas había puesto mis pies sobre la mesa de trabajo, entró el jefe, como un energúmeno.

— ¿Dónde ha estado usted metido toda la mañana? Acábeme este expediente que piden del Ministerio de Marina.

Esta era la gota que hizo desbordar el vaso. Yo no podía, por un mezquino sueldo, estar todo el día a la disposición de aquel hombre soez y autoritario. Me levanté con grave dignidad, y salí de la oficina sin mirarle.

Escribí mi dimisión y puse al ministro de Hacienda esta minuta de honorarios:

El Gobierno federal DEBE al respetable Mark Twain, ex secretario del Comité senatorial de Conchiliología:

	Dólares.
Por una consulta en el Ministerio de la Guerra	50
Por ídem id. en el ídem de Marina	50
Por ídem id. en el ídem de Hacienda	50
Consulta en la Casa Blanca, gratuita.	
Por indemnización de salidas, viaje de ida y vuelta a Jerusalén (vía Egipto), Argel, Gibraltar y Cádiz, en junto, 14.000 millas (1).	2.809
Por mi sueldo de secretario del Comité, seis días, a seis dólares.	36
TOTAL	2.905

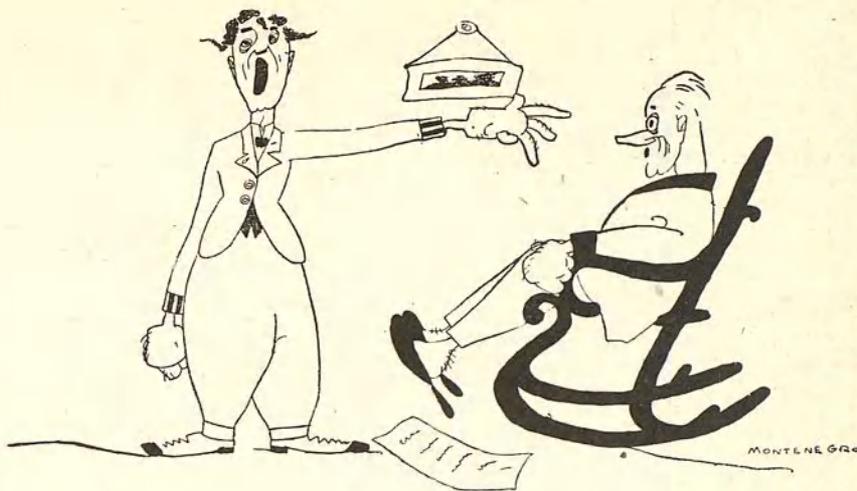
Declaro que el Gobierno sólo accedió a satisfacerme los 36 dólares de la última partida. El ministro de Hacienda satisfizo su odio tachando sin piedad el resto de la minuta.

Ahora, caiga toda la responsabilidad sobre mis crueles y envidiosos perseguidores.

[Mark Twain ha muerto como funcionario público!

A. R. H.

(1) El Gobierno de los Estados Unidos abona gastos de salida a los delegados Cantonales, a pesar de que estos señores no salen nunca de sus casas. No me explico cómo se ha negado el Gobierno a negarme esta partida. (Nota de M. T.)



Dib. MONTENEGRO. — Madrid.

— *Emito la voz con facilidad; pero al llegar al sol, se me calienta mucho la garganta y calo un poco.*

— *Pues si le molesta el sol, cante usted a la sombra, hombre.*

Concurso de pasatiempos del mes de enero

Soluciones a los pasatiempos publicados durante el mes de enero.

1. *Becudro.* — 2. *Descendiente.* — 3. *Monociclo.* — 4. *Redomazo.* — 5. *Recurso.* — 6. *Hongos venenosos.* — 7. *Villanueva.* — 8. *Dátiles.* — 9. *Porcelana.* — 10. *Ramasama.* — 11. *Pitágoras.* — 12. *Las siete y media.* — 13. *Tras de cornudo.* — 14. *Centro Asturiano.* — 15. *Entrés y pinta.* — 16. *Treinta y cuarenta.* — 17. *Ruleta.* — 18. *Parafina.* — 19. *Albaricquero.* — 20. *Zarapito.* — 21. *Maceros.* — 22. *Cartelera.* — 23. *Cascajares.*

Examinadas las doce mil novecientas once soluciones recibidas, hemos separado como exactas las ciento trece que firman los *pierdetiempistas* relacionados a continuación:

1. María Teresa Ruiloba. Jerez de la Frontera. — 2. José García González. Libertad, 6, Madrid. — 3. Maximiliano González. Méndez Alvaro, 2, Madrid. — 4. Carlos Rivera. Génova, 31, Madrid. — 5. Enrique Aparicio. Princesa, 6, Madrid. — 6. Emilio Alvarez Alzaga. Factor, 16, Madrid. — 7. Enriqueta Almazán. General Marina, 21, Melilla. — 8. Felisa Bielsa. Barbastro. — 9. Angel Aldeanueva. Amnistía, 1, Madrid. — 10. Constante Miquélez de Mendiluce. Espronceda, 4, Madrid. — 11. Sebastián Díaz. Bolsa, 12, Madrid. — 12. Cirilo Genovés Amorós. Ayala, 24, Madrid. — 13. Matías Romero Amorós. Valencia. — 14. Julio Mos. Alcalá, 99, Madrid. — 15. A. J. Aguado. Madrid. — 16. Conchita Lorenzo. Madrid. — 17. Enrique Adame. Corredera Baja, 15, Madrid. — 18. Alfredo Falero. Argensola, 24, Madrid. — 19. Ana María Martí-

- nez. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 20. Amparo Martínez. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 21. María del Carmen Martín. M. Calvo, 11, Portugalete. — 22. Rafael Gómez. Sandoval, 23, Madrid. — 23. Manuel Ramírez Rueda. Bordadores, 9, Madrid. — 24. Enrique Gillis. Molinos, 54, Ronda. — 25. Arturo Lezcano. Vitoria. — 26. Manuel Galtier. Duque de Liria, 5, Madrid. — 27. Luis López Becerra. Trafalgar, 17, Madrid. — 28. Ventura Vizcaino. López de Hoyos, 84, Madrid. — 29. Juan Ruiz Sánchez. Divino Pastor, 5, Madrid. — 30. Alfonso Alvarez. Zurbarán, 11, Madrid. — 31. José Luis Pineda. Conde de Aranda, 18, Madrid. — 32. José Martín Lunas. Paseo de Recoletos, 14, Madrid. — 33. José García de la Sota. Portugalete. — 34. Eugenio Doménech Villalba. Nuncio, 4, Madrid. — 35. Rafael García Sánchez. Lugo. — 36. José García López. Guzmán el Bueno, 43, Madrid. — 37. José Marcos Domínguez. Madrid. — 38. Magdalena Yarza. Sandoval, 23, Madrid. — 39. Marcelo de Azcárraga. (Sin indicación de residencia.) — 40. Javier Mendiguchía. Los Madrazo, 18, Madrid. — 41. Joaquín García Linares. Ministriles, 3, Madrid. — 42. Francisco López Cobos. Burgos. — 43. Luis Martín. Villanueva, 29, Madrid. — 44. Alfredo Gracia. Olivar, 19, Madrid. — 45. César Sastre Cortés. Santa María de la Cabeza, 27, Madrid. — 46. Luis González Alegria. Portugalete. — 47. José Garrido Moreno. Tercio de Extranjeros, Ceuta. — 48. Carmen Enleche. Palma, 23, Madrid. — 49. Melchor Bajén Monzón. — 50. José María de Soroa. Conde de Xiquena, 8, Madrid. — 51. Antonio Herrera. Santa Lucía, 3, Madrid. — 52. Manuel Lería. Málaga. — 53. Rafael de la Cueva. General Castaños, 17, Madrid. — 54. Gloria G. Gullón. Alcalá, 166,

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

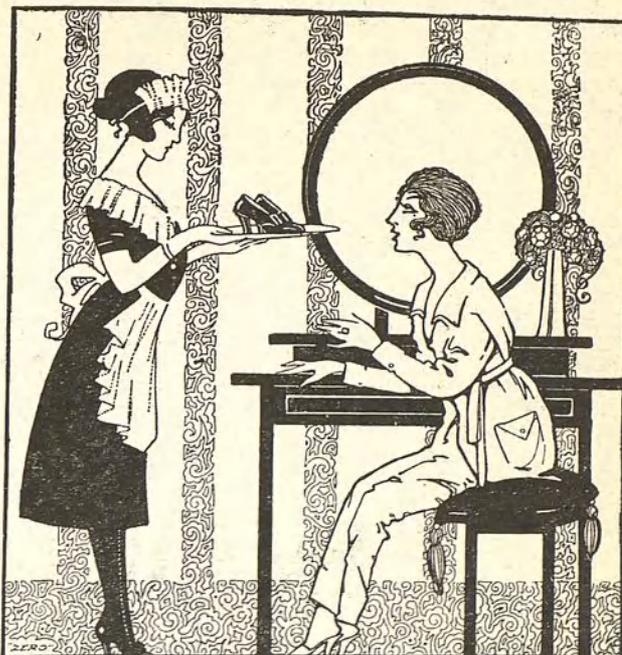
ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argente, Hermanos. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR

40 Céntimos



Dib. GARRIDO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madeid
— ¡No hay derecho a que, mientras los ricos se atracan de carne, yo me tenga que contentar con una tajadal